

(3 pliegos.)



**HISTORIA**  
**DEL CASTILLO MISTERIOSO,**  
Ó SEA  
**EL HUERFANO HEREDERO**  
**DE ROBERTO DE MOWBRAY.**



VALLADOLID:  
IMPRESA DE FERNANDO SANTAREN.—1862.

---

---

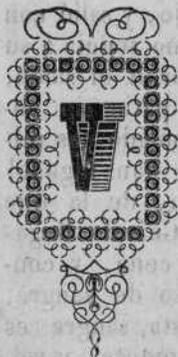
*Es propiedad del Editor.*

---

---

## CAPITULO PRIMERO.

*Llegan al castillo Sir Bertran y Gondibert.—Libran á Alberto de unos asesinos.—Cuenta éste por qué no habita Mowbray este castillo.—Registran el edificio y sospecha Bertran el asesinato de Gertrudis.—Refiere éste la enemistad de las dos familias.—Son acometidos de nuevo por los salteadores.*



VENIA Sir Bertran de tomar posesion de una herencia que le habia correspondido poco tiempo antes en las fronteras de Escocia, y se volvia acompañado solamente de su criado Gondibert, cuando una tormenta les obligó á ampararse de la selva; pero vencido el dia y no queriendo perder tiempo, se determinó á continuar su camino por medio del bosque, aunque le eran enteramente desconocidos los desiertos de Northumberland. Cerró la noche cuando salieron de la selva, y se encontraron en un desierto lleno de barrancos y lagunas. En tal peligro, les era indispensable marchar á pie porque los caballos se atascaban. Llegaron por fin á un castillo solitario y arruinado, situado en medio del desierto, ocupando casi la sola parte firme de este sitio pantanoso, y rodeado en todas partes con anchos fosos de aguas corrompidas que hacian su posicion inaccesible. Sus muros casi por tierra tenian brechas practicables, y penetrando por una de ellas Sir Bertran y Gondibert examinaron el patio, y colocando los caballos bajo la bóveda de la torre, se dirigieron al interior, forzando con poca dificultad una puerta que comunicaba con el salon del castillo. Serenado el cielo, la luz que difundia la luna permitia á Sir Bertran examinar el aspecto horroroso que presentaba aquel antiguo edificio. Subieron una ancha escalera que conducia á una larga y oscura galeria, penetrando despues á otra habitacion donde descubrieron los miserables restos de algunos muebles; y pareciendo á Sir Bertran mas habitable que las piezas que habian atravesado, determinó

asar en ésta el resto de la noche. Mandó á Gondibert que volviese á la torre y trajese las provisiones que venian en los caballos. Pronto estuvo de vuelta éste con la vianda y una buena botella que presentó á su amo, quien en tanto habia reunido cantidad de madera y encendido un gran fuego para disipar el frio y la oscuridad. Disfrutaban en sosiego de su cena, cuando á un ruido violento y repentino que salia de las habitaciones bajas del castillo dejó caer Gondibert de sus manos la botella, y Sir Bertran sacó su espada. A este ruido, que parecia el de un combate, siguió un momento de calma; y casi en el mismo instante se oyó subir con precipitacion la escalera y entró un jóven cubierto de sangre, llevando en la mano una espada rota en la pelea. Sus ojos centelleantes, apenas distinguieron á Sir Bertran, brillaron de alegria, y gritando: socorro, señor! seguidme si quereis salvar mi vida; interesó á Sir Bertran que tan valiente como generoso, vamos, dijo, y salió con él. Gondibert abandonó la cena, y con no menós ánimo seguia á su señor. Bajaron con prontitud la escalera y atravesaron el salon, donde reinaba el mayor silencio. Se dirigieron al patio sin encontrar persona alguna, y volviendo el jóven desconocido sus miradas inquietas á todas partes, exclamó en fin: ¡se han fugado! quedando sumergido en una profunda meditacion, de la que le distrajo Sir Bertran para volver á su cuarto. Cuando llegaron, Gondibert se puso á recojer los restos de la cena, y considerando atentamente al jóven que estaba cubierto de sangre, le preguntó: ¿Estais herido? No, repuso éste; esta sangre es la de los asesinos que me han atacado tan cobardemente, y volviéndose á Sir Bertran, continuó: Admitid, señor, mi sincero reconocimiento y conoced en mi un servidor de Lord Mowbray. Salí esta mañana acompañando á Sir Reinaldo, su hijo único, que marchaba á las fronteras de Escocia para visitar á su pariente el Lord Donal Douglas, y cuando llegábamos á las orillas de estos pantanos se precipitaron sobre nosotros una cuadrilla de bandoleros que salieron de la selva. Sir Reinaldo huyó á los primeros golpes, y yo permaneci solo en medio de ellos; pero no pudiendo resistir á fuerza tan superior tomé igualmente la fuga, y haciendo que mi caballo corriese á la ventura por este desierto, llegué á este castillo que no me es desconocido. Me sorprendí al ver del todo abiertas sus puertas, cuando hacia veinte años que se hallaban constantemente cerradas; entré con la esperanza de encontrar un asilo seguro, pero apenas habia llegado al salon cuando aparecieron de nuevo mis perseguidores. Se renovó el combate, y he tenido la dicha de sustraer mi

existencia de esos asesinos para hallar el socorro de vuestra generosa bondad. Pero tiemblo que Sir Reinaldo no haya logrado escapar de su furia. Seria para mi corazon un sentimiento grande, dijo Sir Bertran, porque Reinaldo es hijo de un amigo mio. ¿Cómo! exclamó el jóven, Lord Mowbray el amigo de mi libertador? Este favor no quedará sin recompensa. Sabed que este castillo pertenece á Milord, y que hace mucho tiempo que no reside en él por un motivo que solo está á su alcance. Sus mas antiguos criados dicen que hace mas de veinte años que tomó la resolucion de abandonarle para habitar uno que pertenecia á Milady. En cuanto á mi no conservo ningun recuerdo de este hecho aunque he permanecido en su casa desde mi infancia. ¿No dá ninguna razon que autorice su resolucion? preguntó Sir Bertran. Ninguna, repuso el jóven. Lord Mowbray es señor de esta tierra, y se lamentaba que este castillo tan próximo á las fronteras de Escocia le esponia á peligrosas incursiones. Antes de abandonarle se puso triste y sombrío, evitaba la conversacion de sus parientes y amigos; y en fin, huyó de un sitio que, segun se dice, fué frecuentado bien pronto por seres y visiones sobrenaturales y se hizo el terror de la comarca. Los tres años primeros de su ausencia, dicen que entró en él algunas veces, aunque siempre solo, haciendo que las personas de su séquito le esperasen fuera de los muros; hasta que un dia, despues de haber permanecido mas tiempo que el de costumbre, salió lleno de confusion y diciendo que desde aquel momento se despedia del castillo, mandando al mismo tiempo á algunos de sus criados que cerrasen las puertas por dentro y que se descolgasen despues por la muralla, lo que se verificó, y desde aquella época no ha vuelto á presentarse por estos sitios. En las partidas de caza hemos pasado con frecuencia por aquí, y he tratado de convencer á Sir Reinaldo para que entrásemos por una de las brechas en estos departamentos solitarios; pero teniendo sin duda conocimiento del secreto de su padre lo ha rehusado siempre, de modo que creo bien que estas moradas silenciosas no han sido jamás turbadas hasta esta noche. Me sorprende cuanto acabais de decir, respondió Sir Bertran: el carácter de Lord Mowbray es noble y generoso, y sin embargo, todo parece anunciar.... No somos nosotros, repuso Alberto, quien debe juzgarle; Milord es muy querido de todos sus vasallos, y tenido por todos sus conocidos en la mayor consideracion. Sus criados gozan con él de la mayor libertad, y á mi me muestra tal deferencia que me tiene prometida una re-

compensa como dice que merezco por ser huérfano, y apretándome la mano, á veces me mira fijamente hasta derramar lágrimas; y Sir Reinaldo aunque es altanero y orgulloso para todos, me trata mas como amigo que como criado. De este modo pasaron la noche, hasta que los rayos del dia les animó á registrar el castillo, cosa que ambos deseaban igualmente. Despertaron á Gondibert, y se dirigieron por una galeria registrando todos los cuartos que hallaban, y que solo contenian muebles viejos, pues los demas los trasladaron al abandono del castillo. Pasaron á otra galeria, y hallando una pequeña puerta gótica cerrada por dentro, la forzaron y penetraron en una habitacion cuya vista les llenó de horror. Tenia una cama, una mesa y algunas sillas, que todo habria sido magnifico en otro tiempo, pero el suelo y las paredes estaban manchadas de sangre. Una espada mohosa se hallaba sobre una silla, y debajo de la mesa se veia una mano de persona. Alberto la levantó y estaba enteramente disecada, la piel estaba pegada á los huesos, y una sortija de diamantes muy empañada por la humedad permanecia en uno de sus dedos. Alberto, por un presentimiento secreto á que no pudo resistir, desprendió la sortija volviendo á arrojar la mano. Continuando sus observaciones advirtieron en el tapiz un pedazo desunido, le levantaron y descubrieron una oculta hendidura donde encontraron algunas ropas muy usadas, un paquete pequeño de papeles, y el retrato en miniatura de una dama, figura noble é interesante, aunque la melancolia disminuia la vivacidad de sus ojos. Habiendo Alberto considerado por algunos momentos este interesante retrato, le pasó á Sir Bertran, quien en el mismo instante exclamó sorprendido: ¡Cielos, mi hermana! Permaneció por mucho tiempo en silencio mirando el retrato y sumido en lúgubres ideas, hasta que por fin dijo: salgamos de este cuarto, testigo fatal de un asesinato tan horrible como cierto, y quiera Dios descubrirnos el autor de tan vil atentado. Salieron de la habitacion, y cerrando la puerta advirtieron sobre el piso de la galeria vestigios evidentes de sangre que se dirigian hácia la escalera y continuaban hasta el último escalon. Registraron el salon y solo hallaron los restos de la rota espada de Alberto; pero lo que miraron como un tesoro fué una espada que hallaron, y que seria tal vez perdida á alguno de los asesinos en la lucha anterior. Llegaron á la habitacion donde pasaron la noche, y Sir Bertran dijo á Alberto: No puedo dudar, jóven, que este retrato es el de una hermana cuyo destino me ha sido oculto por mucho tiempo y á quien

he llorado con estremo. Me persuado que comprendo el auge de un delito tan horrendo. Oid, y conoceréis la historia de esta muger desgraciada. Una cruel enemistad subsistia de mucho tiempo entre las familias de Mowbray y de Bertran. Esta enemistad era tan antigua, que puede asegurarse no estaba fundada mas que en la tradicion, y que el motivo se habia olvidado absolutamente. Pero esta animosidad inalterable y hereditaria, subsistia con la mayor violencia mientras vivieron el último Lord Mowbray y mi padre. Sus vasallos se hallaban continuamente con las armas en la mano, y cada partido sostenia el furor mas bárbaro. Apenas salí de la infancia, empuñé la espada en esta querrela, cuyo motivo desconozco aun. Jamás se habian visto estos dos enemigos sino en el campo de batalla, de modo que no existia la menor relacion entre los parientes mas lejanos de una y otra familia, porque el rencor era hereditario. Una tarde que mi hermana Gertrudis y yo oíamos con atencion uno de los discursos de venganza que con frecuencia nos trasmitia mi padre, percibimos unos gritos que imploraban socorro. Mi padre generoso é intrépido se precipitó á las puertas del castillo seguido de sus criados, y llegó en el momento en que un jóven cayó herido del caballo sobre el cuerpo de su criado, que habia sido muerto en la accion. Los asesinos huyeron sin que se les pudiese dar alcance, y el jóven fué conducido al castillo. Sus heridas, aunque muy peligrosas, no eran mortales, y apenas recobró el sentido, se mostró agradecido por el auxilio que le habiamos prodigado. Su convalecencia fué muy difícil y larga, en la cual le acompañábamos constantemente mi hermana y yo. Este jóven reunia todas las cualidades necesarias para cautivar un corazon; yo le amaba como un amigo, y Gertrudis no pudo ver sin emocion tan felices circunstancias. Un dia que manifesté á mi hermana que habia conocido su pasion, huyó de mi sin declararlo; y entrando yo despues en el cuarto del amable herido, me dijo estendiéndome la mano: todas nuestras querellas deben cesar en este momento; dejemos á nuestros padres hacerse la guerra. ¿Podreis abrazar á un contrario? Oprimid en vuestro pecho al hijo y heredero de vuestro mortal enemigo. Ved solo un hermano en Roberto de Mowbray. Admirado de su franqueza, olvidé en aquel instante todos los consejos de mi padre, y exclamé tomando su mano: Acepto el ofrecimiento honroso que me haceis, y desde este momento Sir Bertran es vuestro amigo. Este fué el primer golpe que sufrió la antigua enemistad de nuestras familias. Mowbray me suplicó instase á mi

padre en el consentimiento para su union con mi hermana, y yo, aunque desconfiaba de obtenerle, me dispuse á servirlo. Un dia me llamó mi padre á su cuarto y me dijo, que habia observado el interés de Gertrudis y la afición de aquel jóven; que en consecuencia á ello hablase yo á mi hermana, y que si el rango de aquel fuese igual al suyo consentia gustoso en su union. Admirado yo de estas disposiciones y creyendo ser el momento mas favorable, dije á mi padre: Este jóven desea con ánsia vuestra alianza, señor, y por este medio asegurais el triunfo sobre vuestros enemigos. ¡Mi triunfo! exclamó mi padre, explicaos Bertran. Si señor, vuestro triunfo, continué, porque ese jóven es Roberto el heredero de Lord Mowbray. ¡De Mowbray! exclamó con la mayor indignacion, ¡dejadme...! Salió de su estancia y dando orden para que se dispusiesen al momento caballos y escuderos, marchó con mi hermana á una posesion cercana hasta que Roberto hubiese abandonado el castillo. Confié á este la determinacion de mi padre, y al saberla no quiso detenerse mas tiempo; se espidió inmediatamente un espreso al castillo de Mowbray pidiendo lo necesario para trasportarle. Todo estuvo pronto en tres dias, y partió. Nuestra despedida fué para ambos dolorosa; él me prometió amistad por toda su vida, y yo le consolaba con la esperanza de un dia mas feliz, en que tal vez se cumplirian sus deseos. Mandé aviso á mi padre de su partida, éste volvió al castillo con mi hermana, y á pocos dias se restableció la tranquilidad. Algun tiempo despues llegó un mensajero del castillo de Mowbray, que entregó una carta y se retiró inmediatamente. Mi padre la leyó en el acto, y con la mas violenta agitacion, ¡ved, Bertran, la insolencia de mi enemigo! exclamó al entregármela. Tomé la carta y vi se hallaba concebida en estos términos: «Estaba lejos de creer que ninguna persona de mi familia debiera jamás la mas mínima obligacion á Sir Bertran. Sin embargo, este ha salvado la vida de Roberto mi hijo mayor, y bastante pagado queda si me abato á confesarlo; porque nada puede prometer una reconciliacion que no debe efectuarse jamás. Mowbray.» Este es un insulto que agradezco, dijo mi padre con furor, haciendo la carta mil pedazos. Otra conducta tal vez hubiera apagado mi odio, pero esta despierta todo mi rencor. Pasada esta época, no ocurrió cosa particular. La enemistad de mi padre seguia, y mi hermana al parecer olvidaba su pasion, cuando repentinamente desapareció del castillo sin que hasta ahora haya podido saberse nada de ella. Creimos que Mowbray sería el autor

de esta fuga; pero Roberto continuaba en el castillo con su padre, y sin embargo, mi hermana no parecia á pesar de nuestras diligencias. Este golpe fué tan terrible para mi padre en su avanzada edad, que le hizo sucumbir, y el mismo dia en que descendió al sepulcro murió Roberto Mowbray bajo el puñal de un asesino, sin saberse tampoco el autor de tan horrendo crimen. Por este acontecimiento quedó su hermano Sir Williams por heredero, y casó con la hija de Sir Guillermo Bauclere. A los dos meses del asesinato de Roberto murió su padre Mowbray, dejando sus cuantiosos bienes al propietario actual, que generoso como su desgraciado hermano hace veinte años que continúa en mi amistad, con lo que concluyó el odio de nuestras familias. Pero hoy al ver retrato de mi infortunada hermana, se ha reanimado un fuego encubierto por tanto tiempo, y deseo robustecer mi sospecha. Empezaron á examinar el paquete de papeles, y no hallaban nada legible, pues el tiempo y la humedad los habia destruido; sin embargo, en un fragmento pudieron leer: «Mi hermano tendrá cuidado de poneros á cubierto de todo peligro.... En otro: ¡Ah! mi querida Ger... privar á la sociedad de la única por quien respiro...! En otro: Impaciente deseo volar para oprimirte en mis brazos... En otro: Confía en los cuidados de mi hermano; él es otro yo, y te protegerá lo mismo que á mi hijo, mi querido... Basta, dijo Bertran; Alberto, conducios con Milord de modo que nada pueda alterar su ternura, guardad el mayor sigilo respecto á nuestro encuentro que dia llegará que se confirme mi sospecha. Ya es hora de ponernos en camino. Dió la orden á Gondibert para que dispusiese los caballos, el cual bajando á prepararlos halló tambien el de Alberto, que abandonado habia vagado toda la noche por los patios del castillo. Así pues, se pusieron los tres en camino pasando el puente y se internaron en la selva. Habian andado largo trecho, cuando divisaron un hombre á caballo completamente armado, á la orilla del bosque. Cuando ya se aproximaban, hizo éste una seña y se presentaron tres mas, disponiéndose para un ataque. Conociendo Alberto que eran sus asesinos quiso separarse de Sir Bertran, pero este haciendo suya su causa juró defenderle, y metiendo espuelas á su caballo acometió á uno de ellos derrivándole en el suelo al mismo tiempo que Alberto acababa de desmontar á uno de los adversarios y acometia al otro con valor, ayudando á Gondibert que habia cerrado con ellos. Dos huyeron por la selva sin poderles dar alcance, y cuando los vencedores volvieron á conocer el sitio de la pelea, creyendo á los vencidos incapaces de moverse, habian ya

volvieron á montar en sus caballos y habian tomado la fuga; su camino estaba señalado con un rastro de sangre que siguieron en la selva hasta perderse en la derecha del bosque. No pudiendo conocer quienes fueron los asesinos, determinaron continuar su camino al castillo de Lord Mowbray.

## CAPITULO II.

*Bertran deja á Alberto en el castillo de Mowbray. = Amores de Alberto y Maria, y proyecto de Lord para casarla con Wenloch. = Hubert se confia á Alberto para revelarles su origen. = Mowbray ordena á Alberto que pase una noche solo en el castillo. = Combate de un desconocido. = Huida de Alberto y Hubert. = Se unen al desconocido y ahuyentan los salteadores. = Se van juntos al castillo de Bertran.*



Al su llegada fueron recibidos con demostraciones de júbilo, pues Sir Reinaldo dijo que Alberto habia sido victima de unos salteadores, por lo que volvió con muchos criados armados á buscar su cadáver en la selva. Alberto preguntó por Lord Mowbray, y dijeron que se hallaba en cama por una peligrosa caída que habia dado del caballo el dia anterior. Pasó á verlo, y pronto salió para conducir á Sir Bertran á la presencia de Lord que se hallaba en su lecho sostenido por dos criados, tan pálido y desfallecido que apenas podia demostrar á su amigo su agradecimiento por Alberto. Es mi hijo adoptivo, decia, y le amo tanto como al mio propio. En estos momentos entraron las hijas de Milord y se unieron á su padre para celebrar la benevolencia y generosidad de Sir Bertran. Mistris Juana, que era la mayor, estaba dotada de gran hermosura y eclipsaba á su tímida y modesta hermana Maria, cuyas miradas eran mas dulces y penetrantes. Ambas se habian educado con Alberto y le consideraban como á un hermano. Despues de manifestar Sir Bertran sus buenos deseos por el restablecimiento de Milord, éste se entregó al des-